

El rugido de la horda

Por *Almudena Grandes*



Cuando le vio venir, tensó todos los músculos, levantó los hombros, encogió el cuello, miró hacia el suelo.

-Hola.

Entonces no supo qué hacer. Su primera reacción fue no contestar. Luego temió que resultara peligroso. Aquel chico no le daba ni más ni menos miedo que los otros, pero le dolía más, porque en la escuela, en la clase de Infantil, a los tres años, habían sido muy amigos. Su madre guardaba en un cajón algunas fotos en las que aparecían juntos, bailando un chotis con disfraces de chulapos o con la boca llena de nata, en una fiesta de fin de curso. Aquello se había acabado cuando empezó todo lo demás, y desde entonces hasta aquella mañana nunca había vuelto a acercarse a ella.

-Hola -respondió con la mirada baja, sin mirarle.

-¿Qué haces? -volvió a preguntar él, entonces.

-Nada.

En el colegio, ella nunca hacía nada. Pasaba todos los recreos sentada en un banco, mirando jugar a los demás. No sabía exactamente cuándo, cómo y, sobre todo, por qué había empezado aquello. Un día se dio cuenta de que una niña de su clase había invitado a su cumpleaños a todas sus compañeras excepto a ella. Se lo contó a su madre, y le aconsejó que no le diera importancia. Sus padres jamás habían querido tomarse aquel problema en serio, quizá porque sabían que ella tenía amigos. Eso era verdad, tenía amigos, cuatro o cinco, chicos y chicas que venían a su casa a dormir o la invitaban a dormir en la suya, y con los que se veía en el parque o iba al cine, de vez en cuando, los fines de semana. En el colegio era distinto.

-¿Puedo sentarme aquí, contigo?

EL COLEGIO ERA EL TERRITORIO de la horda, el clan mafioso que había decretado su expulsión, su destierro de los juegos en común, de las fiestas, de los corrillos del recreo. Era difícil saber cómo, cuándo, por qué se había endurecido tanto, porque había ocurrido poco a poco, a lo largo de toda la Primaria, con momentos buenos, en los que la presión alojaba, y momentos malos, en los que llegaba a un nuevo punto máximo, como una goma elástica que, al estirarse, se da de sí y ya no puede recuperar toda su elasticidad previa. Así había ocurrido, y los momentos buenos eran cada vez menos buenos, y los momentos malos, cada vez peores, hasta que todos se alarmaron, sus padres, sus maestros, pero ya no hubo remedio.

-Sí ciéntate ciéntate

Entonces empezó la Secundaria, llegó a un instituto y conoció a gente nueva, pero también trajo consigo la hostilidad de sus compañeros del cole. Desde entonces, las cosas habían mejorado, pero seguía estando mucho tiempo sola, en los recreos y en clase, porque se había acostumbrado a la soledad. También a leer. Aquella mañana, cuando aquel cabecilla de la horda se acercó a ella, estaba leyendo.

-¿Qué lees?

Aquella pregunta la desconcertó. No contaba con que nada de lo que ella pudiera hacer atrajera la atención de aquel chico, pero se lo explicó, le contó el argumento de la novela, le resumió lo que llevaba leído, le dijo lo que le había gustado más y menos, y él la escuchó.

-Han despedido a mi padre, ¿sabes? -le dijo después, sin venir a cuento-. Mi madre ya estaba en el paro, así que... No sé lo que va a pasar. Igual nos echan de casa, como a esos que salen en el telediario, porque nos queda un montón de hipoteca. A lo mejor tenemos que irnos a vivir al pueblo, con mis abuelos. Igual ni siquiera puedo ir a la universidad.

EN ESE MOMENTO lo entendió todo. Le miró, vio un brillo húmedo en sus ojos, los hombros encogidos de repente, y una piel mate, macilenta, que le resultó familiar. Era el color, la textura de la piel de los desgraciados, de los excluidos, de los que no tienen suerte. Ella la había visto en su propio rostro, muchas veces, y muchas veces había deseado vengarse, y que a todos ellos les cayera encima la desgracia, que sufrieran, que lloraran, que padecieran en sí mismos el dolor que la habían infligido sin motivo y sin razón. Habría sido lo justo, y sin embargo, en aquel momento se apiadó de él.

-Lo siento mucho.

Porque en aquel momento comprendió que él no iba a aguantar, que no iba a soportar que lo excluyeran, que a pesar de las apariencias era, ¿quién lo habría pensado?, mucho más débil, el más frágil de los dos. Cuando la horda se le pusiera en contra, se vendría abajo, pero ella no iba a estar ahí para sujetarle.

Le daba pena, pero le había odiado demasiado.

-Gracias.

Los dos tenían solamente trece años. ●

